

Sólo los invisibles

Lía Master

Diciembre en Tel Aviv. Nada. O casi nada. Una semana antes de la Navidad se habrán ya apagado aquí las luces de Jánuka, la fiesta judía de las luminarias, en la que cada día, con la caída del sol, se prende una velita más hasta completar ocho; los niños reciben regalos, sólo los niños, y juegan con un trompo que llaman *sevivón* y todos nos llenamos la panza con *suvganiot*, unos buñuelos rellenos de mermelada de fresa muy parecidos a las berlinas del Astor. A veces las velas de Jánuka coinciden con las velitas que se prenden allá a principios de diciembre, pero no este año en el que después de Jánuka ya no habrá más celebraciones judías hasta antecitos de la entrada de la primavera.

Este diciembre, el 24 cae jueves, lo mismo que el 31, una semana después, como cada año desde que se implementó esta manera nuestra de medir el tiempo. Un jueves. Sería una



Manuela Betancourt, *Marchante*, tinta sumi y acrílico sobre papel.

suerte porque es el principio del fin de semana aquí, donde los más afortunados trabajan de domingo a jueves, y a los más “demalitas” les toca además medio día los viernes. Sería una suerte si aquí pasara algo los 24 o los 31, pero es que para la mayoría de los que caminan las calles y abordan buses y carros, los que llenan parques y cafés, los que compran y venden, los que van a la playa o se quedan en casita, aquí no pasa nada o casi nada. Sólo los invisibles celebran, y los demás, en lo mismo de todos los días.

Algunos de entre el millón de rusos que vinieron después de la caída del otro Muro, hace veinte años, se reúnen en casas de amigos y parientes para celebrar la Navidad. Son los nietos y bisnietos de judíos que se vieron obligados a abandonar la práctica del judaísmo bajo el régimen comunista y ahora viven aquí gracias a una ley que se conoce como “del retorno” y que les da a los judíos del mundo entero el derecho de “hacer aliá”, de ascender a Israel. Nietos y bisnietos de judíos rusos son ya en ocasiones cristianos y por eso, en el sur de Tel Aviv cerca a la Estación Central de Buses —uno de los edificios grises más feos del mundo y un laberinto sin esperanza—, se ven en las vitrinas árboles de Navidad de plástico verde y marrón salpicados de polvo blanco para que los rusos entrecierren los ojitos y recuerden, durante unos días, la lejanía de la blancura de la nieve recién caída en las calles de Moscú y San Petersburgo.

El 24 lo celebran también igualito de discretos los trabajadores inmigrantes extranjeros, legales e ilegales. Hay miles de colombianos, ecuatorianos, argentinos, venezolanos, mexicanos, brasileños, cubanos, panameños, peruanos, filipinos, rumanos, polacos, y también rusos, que celebran alguna cosa, se compran algún regalito, piden permiso en los trabajos y a veces se los dan, a veces no; se invitan tal vez a comer en algún restaurante por ahí, pero no gastan mucho porque la mayor parte de lo que ganan haciendo los trabajos que los de aquí no quieren hacer la han enviado hace algunos días a sus hogares de verdad, para que allá sí puedan celebrar la Navidad como Dios manda.

La mayoría aparecen en algún momento del día por una de las dos únicas iglesias que alzan sus torres orgullosas en Yafo, el puerto bíblico sobre el Mediterráneo a cuyas playas arrojó la ballena a Jonás después de haberlo engullido, del mismo modo que la moderna Tel Aviv se tragó a la bella y antigua Yafo con murallas y todo. En la Iglesia de Saint Peter o en la de Immanuel se encuentran todos ellos y también los árabes católicos que desde hace siglos viven en las casas enormes y viejas del puerto viejo. Los curas franciscanos que administran Saint Peter y que viven en el monasterio vecino recitan la misa para todos, cada hora en un idioma distinto, para que los fieles no se sientan tan lejos y puedan respirar por unos minutos el olorcito sacro del incienso recién quemado, para revivirles la ilusión de volver a ser comunidad.

El 31 sí es distinto, pero no mucho. Desde el 31 de diciembre del 99, cuando en todas partes se transmitió en directo por televisión el cambio de siglo en los distintos países, los de aquí se percataron de que allá afuera existía algo que llamaban la celebración de San Silvestre y les quedó gustando y entonces ahora los festejos de *Sylvester*, como le dicen aquí sin saber muy bien quién era ése, incluyen fiestas y cenas en cafés y restaurantes a precios de escasez y seducen sobre todo a los jóvenes que ni piensan en la relación entre el 31 de diciembre y el cambio de año, porque para ellos eso ya tuvo lugar el pasado septiembre, en la fiesta judía de *Rosh-Hashaná*. Ellos festejan *Sylvester* porque ya saben que el resto del mundo celebra y en todos los aspectos posibles se hacen aquí esfuerzos grandes para que este pedazo de paisito nuestro sea algún día como todos los demás. Entonces los jóvenes, salen también a llenar el aire de risas de muchachos y muchachas, de música y bulla y humo, de conteos regresivos y besos y abrazos a las doce, igual que en todas partes, y ese es uno de esos días en que Tel Aviv se me aparece por momentos como una copia rara del ancho mundo allá afuera, y ya.

Lía Master es antropóloga egresada de la Universidad de Antioquia. Es profesora de idiomas, miembro del consejo editorial de la *Revista Aleph* de Manizales, ensayista, reseñista y cuentista; actualmente vive en Israel desde donde envía esta colaboración especialmente para la *Agenda Cultural Alma Máter*.